

ILIJA TROJANOW

PODER Y RESISTENCIA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Macht und Widerstand*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by S. Fischer Verlag GmbH, Fráncfort del Meno
Este libro fue negociado a través de International
Editors'Co, Agencia Literaria
© de la traducción, 2020 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Lenin y la reforma socialista* (1927), de Gustav Klutskis

ISBN: 978-84-17902-36-0
DEPÓSITO LEGAL: B. II 993-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Abdulrahman Pasha.

Esta novela se basa en los testimonios orales y escritos de un gran número de antiguos presos políticos, así como de algunos oficiales retirados que sirvieron en la Seguridad del Estado de la República Popular de Bulgaria. Los documentos que se reproducen («Del archivo de la Seguridad del Estado») son originales del dossier de uno de los miembros de la resistencia al que tuve acceso durante algún tiempo siempre de forma parcial. La mayor parte de estos informes fueron traducidos por Alexander Sitzmann.

La primera vez que nos acercamos a ella, la historia nos parece trágica; la segunda vez, absurda; y la tercera, trágica y absurda al mismo tiempo.

MILCHO MINKOV,
filósofo aficionado y verdugo
de Panaguiúrishte en su tiempo libre

[El significado de los términos búlgaros y turcos que aparecen en cursiva lo largo de la novela se aclara en el glosario de las últimas páginas].

RELATO DE 1999

Antes, si uno tenía una aventura, se le consideraba una persona moralmente degenerada. Un mal hombre, un tipo infame. Si pertenecía al Partido, se decía que había cometido un error. Son cosas que pasan sin que uno las busque. Si un pez gordo seducía a la hija de un obrero, los compañeros le daban palmadas en el hombro. «¡Qué pillastre estás hecho!». Y si uno de los de arriba se dedicaba a coleccionar amantes como si fueran medallas, todos admiraban sus artes de seducción. Eso era antes. Ahora la moral cotiza como el dólar.

Una época grandiosa avanza a toda máquina hacia su fin. A un lado de la calle hay sandías abiertas por la mitad. Tienen un aspecto espléndido, delicioso. El ingenio del vendedor es digno de elogio: echa dos gotas de urea en cada una y así consigue unas sandías fantásticas, apetitosas, rojas y maduras. Es una solución tan elegante como eficaz, acorde con los tiempos que corren, así no tenemos que andar haciendo injertos como antes, un trabajo laborioso que consumía una cantidad de tiempo formidable. Tendríamos que concentrar nuestros esfuerzos en cruzar cerdos con ciempiés; si tuviéramos éxito, revolucionaríamos la industria cárnica y el mercado del jamón. El agricultor que utiliza urea como fertilizante acapara la atención de los demás, todos hablan de él, se convierte en un héroe. «¿De dónde has sacado ese tractor? Parece resistente al óxido». «Muy sencillo: cruzando variedades de patata. ¿A que no se os había ocurrido?».

Las trompetas y las fanfarrias están pasadas de moda. Ahora lo que se lleva es tocar el claxon y mandar a todos a hacer puñetas, conducir por el medio de la carretera y no

mirar jamás por el retrovisor, todo da igual, un pañuelo manchado de aceite en la cuneta, unos cuantos trozos de pan horneado en casa, una ciruela picada y un Passat del 77 adquirido en una zona industrial de una pequeña ciudad de Alemania occidental por un estudiante de Economía que vive en el extranjero alimentándose de las latas de conserva que se ha llevado, un Variant verde que hasta hoy mismo iba como la seda convertido en una reliquia que recuerda la miseria del pasado, las maletas permanecen junto al maletero abierto, la espera continúa. Es una verdadera lástima que este siglo toque a su fin. Siempre la misma canción. ¿No podríamos cambiarle la letra? ¿No podríamos parar un momento a sonarnos los mocos?

No hay lugar para la nostalgia. ¡Por favor! Las perspectivas de cara al nuevo siglo son espléndidas, no hay motivo alguno para andar cabizbajo. Venimos con las pilas cargadas. Vamos a tope. En el municipio de Sevlievo, una anciana sale discretamente de su casa con un radiocasete. Todas las noches desde hace diez años se repite la misma escena. Sostiene el aparato junto a su pecho tembloroso, presiona la tecla de grabación y procura no hacer ningún ruido. No deja escapar ni un suspiro, ni un quejido, para captar bien las voces. Se llevaron a su hermano una madrugada, cuando amanecía; jamás volvió. La mujer está segura de que él le habla. Su hermano mayor, ahora desaparecido, era una persona sociable, siempre estaba rodeado de gente, compañeros que no se han vuelto a preocupar de él, que no lo escuchan como hace ella, su hermana. Todas las noches sale al patio con el radiocasete en la mano y se queda allí, inmóvil, para no ahogar las voces que han permanecido en silencio durante tanto tiempo. Una vez al mes, su hijo se pasa a verla. Aparca el coche delante de la casa y sube las escaleras. La madera cruje. En la mano izquierda trae una bolsa de plástico llena de casetes vacíos. Viene con prisa, ni siquie-

ra puede probar el hojaldre que su madre le ha preparado. Envuelve un buen pedazo en un paño de cocina. Se lo toma en el camino de vuelta, cuando para a repostar. Cuando se hace de día, la mujer, abrigada con unos calcetines gruesos de punto que ella misma se ha tejido, va a la cocina, la única estancia de la casa que tiene calefacción, y reproduce las grabaciones de la noche anterior esperando oír voces. No las oye. Antes guardaba los casetes en un armario con llave. Hace mucho que el armario está lleno. Cierra sus ojos cansados y espera a la noche siguiente.

Los coches pasan como un rayo. Algunos conductores se aferran al volante, otros lo controlan con los pulgares mientras intentan calmar su tos de fumador. Miran a través de los cristales tintados para sortear los obstáculos que encuentran en su camino. Es la única forma. Hay rostros congelados y otros que parecen haber encogido como si los hubieran lavado en agua caliente. El rostro del director de la prisión es un buen ejemplo. Atiende amablemente las preguntas de la prensa. Se aprecia un derrame por debajo de su ojo izquierdo. El derecho no deja de temblarle. Uno de los periodistas le pregunta:

—¿Sirvió aquí en los viejos tiempos?

—No.

—¿Desde cuándo trabaja usted aquí?

—Desde 1980.

—¿Y eso no son los viejos tiempos?

—No, fueron antes.

—¿Antes?

—Sí, en los años cincuenta.

El ser humano es un animal fascinante, de eso no cabe duda. Se ofrece una copa a los presentes. No deja de ser un detalle. Las cartas ya están marcadas, ahora hay que barajar.

—Bueno, ahora que estamos en confianza, ¿qué ocurrió con los cuerpos?

—Estarán en alguna parte, pero aquí no. ¿Dónde pensáis que íbamos a tenerlos? Puede que estén detrás de la prisión. No existen documentos. Yo, desde luego, no era el responsable del establecimiento en aquel entonces. No sabemos más. Supongo que en algún momento, al cavar, aparecerán los restos.

Los periodistas continúan su viaje hacia Pravets, para cubrir la Conferencia Internacional Sobre Humor y Dominio. Es una estrategia para ahorrar costes. Así matan dos pájaros de un tiro. Reina el optimismo. El invierno ha quedado atrás, los charcos y el barro se han secado. Aún quedan muchos años por delante. En el reloj de la vida, la arena que ha caído es tanta como la que está por caer. Nunca han llamado la atención, así que ahora pueden influir en los asuntos importantes. Con cuidado, se entiende. Dar un paso adelante está bien, pero siempre con prudencia. Los más chisposos no dejan de recordar lo que sucedió en la inauguración de la fábrica de semiconductores de Pravets, el pueblo al que se dirigen ahora y que los periódicos de la época elevaron a la condición de pequeña ciudad. Entonces acababan de comenzar sus cenagosas carreras. El secretario general Zhívkov, enterrado hace poco con honores de Estado—los periodistas presentes en el sepelio redactaron una breve reseña en un tono muy moderado—, honraba así a su pueblo natal:

—Hoy tengo la extraordinaria satisfacción de inaugurar en este enclave una de nuestras fábricas más importantes. Sí, una factoría extremadamente importante, porque yo os prometo, compañeros y compañeras, que aunque hoy no sean más que semiconductores, muy pronto llegará el día en que produzcamos conductores completos.

Los periodistas se ríen con la broma. Llevan la ventanilla abierta. Algunos conductores los adelantan. Quienes no se ríen es porque conocen el chiste de sobra o porque no lo han entendido.

—Esperad, esperad. Tengo uno mejor. Zhívkov da un discurso de aniversario: «Hoy una quinta parte del mundo es socialista, pero yo os juro por Marx, por Engels y por el kan Krum que no tardará en llegar el día en que la décima parte del mundo sea nuestra».

El camión de delante va resoplando.

—¡Qué bueno! ¡Venga, lo dejamos en empate! Yo no sabía por cuál decidirme.

Sí, la decisión es un suplicio. Los dos son para morir-se de risa.

Una vivienda en la planta catorce de un bloque de pisos de una ciudad satélite dentro de un Estado satélite. El precio: antes, diez años de espera; hoy, diez mil dólares. Un panorama de innumerables edificios prefabricados. Hacia el norte, las estribaciones del macizo de Plana; en el sur, el pico más importante; en su ladera, una villa bien protegida, seguridad digital en todo el perímetro. Los crisantemos se cuidan con un ingenioso sistema de riego. Parece que el jardinero se las sabe todas. Un pequeño piso y una gran villa. Dos hombres mayores con cuentas pendientes, cuentas que hay que ajustar después de toda una vida, cuentas que se guardan en la cabeza y cuentas que se reflejan en actas. Las estrellas del cielo no son más que una caricatura. En el espejo se refleja un rostro descompuesto.

El siglo va deshaciéndose, se pega a la lengua como una lámina de chocolate amargo. Nuestra querida patria es una escalera sin peldaños. Vivimos en un paraíso donde las alholvas cubren la tierra e impiden que se vean los cadáveres. Esplendor sin límites. Un montón de sandías con urea. Al borde del camino, los hombres sudan y se desesperan, pero nosotros pasamos como un rayo. ¿Para qué detenernos?

KONSTANTÍN

Traición, ¿cuál es tu nombre? ¿Dónde vives? ¿Qué talla usas? ¿Tienes ingresos? ¿Te retirarás algún día? ¿Escribirás tus memorias? ¿Cuántos abortos del diablo has arrojado al mundo? ¿Fuiste tú quien les enseñó a todos que no importa faltar a la lealtad?

Algunos días, la presión baja y el agua no llega hasta el piso catorce. Del grifo sólo caen algunas gotas. He llenado unos cuantos cubos de plástico en previsión de lo que pueda pasar. En el frigorífico hay suficientes botellas de agua. De momento puedo prescindir de las duchas. Me adapto a las circunstancias. Aunque parezca extraño, encajan bien conmigo. Desde la ventana de la cocina veo el quiosco de periódicos que hay al lado de la parada del autobús. En el lado opuesto se alza el pequeño puente que cruza el canal y lleva al mercado. Por la mañana, en cuanto el quiosco sube la persiana metálica, me pongo los pantalones y la chaqueta sobre el pijama, bajo, salgo a la calle y decido lo que me gustaría leer. Varía un poco de día en día. Sólo me puedo permitir dos periódicos. Si compro un tercero tengo que recortar en la cena. No me resulta difícil, me he acostumbrado a prescindir prácticamente de todo. Un bol de yogur y una rebanada de pan me bastan. La mayoría de las veces compro *24 horas* y *Estándar*, en algunas ocasiones me decanto por *Trabajo* y *Política*, y más rara vez me llevo *Palabra* y *Democracia*. Incluso *Capital*. Lo cierto es que la oferta es amplia. Estoy tentado de pensar que hay más periódicos que noticias.

—No tiene por qué comprar el periódico, si sólo le interesa un artículo, *bai* Konstantín. No malgaste el dinero.

El dueño del quiosco mira el periódico abierto que sostengo en las manos y señala el asiento de la parada del autobús. Su invitación es un detalle, pero tanta benevolencia me produce una impresión más bien desagradable. Desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde se sienta en un taburete en su quiosco perfectamente ordenado, rodeado de noticias que para él no significan nada, no son más que un modo de ganarse la vida. Últimamente sus ojeras se han ido oscureciendo. Le doy las gracias, pero rechazo su ofrecimiento. No quiero aprovecharme de su buena voluntad, también él necesita cada lev que pueda conseguir.

Me preparo una infusión. Tarda siete minutos (el último regalo de mi hermano fue un reloj de cocina). Mientras tanto voy hojeando los periódicos. Cada mañana experimento la misma aversión. La política siempre me ha repugnado, aunque haya tenido que ocuparme de ella durante toda mi vida. Quien ha leído *El capital* completo en una celda, y no una, sino siete veces, tomando notas con un bolígrafo que dejaba borrones, sueña con el día en que tales obras dejen de ser necesarias. Como prisionero no tenía otra elección, debía estudiar a los «clásicos», como me consta que el diablo estudia los Evangelios. ¿Para qué? ¡Para desenmascarar a los santos!

Leer los periódicos no me lleva mucho tiempo. Sé lo que busco; el resto lo descarto. Me dedico a leer entre líneas, como suelen decir quienes también escriben entre líneas. La sombra que proyectan la polémica y la propaganda permite deducir la posición del sol. Quien domina esta técnica, aun preso, está mejor informado que los que están libres y se abanicen con refrescantes titulares que suavizan el rigor de la realidad. Durante el desayuno (suelo tomar un trozo

de queso de oveja, algunas rebanadas gruesas de pan blanco, en verano sandía, ciruelas o albaricoques, y el domingo un huevo cocido) escucho la radio: las noticias de las ocho, luego la revista de prensa y, a continuación, el tema del día. Enciendo el televisor para seguir los debates parlamentarios más importantes. En el fondo, en este país no hay nada importante, salvo que uno crea (como yo, por costumbre, por cabezonería) que en cada recorte, en cada detalle, por accesorio que parezca, se refleja algo esencial.

En esto ocupo mi tiempo. No sé con qué llenan los demás sus días. Cuando nos reunimos, una vez a la semana, el miércoles por la mañana, me dedico a analizar los acontecimientos más recientes. No todos se encuentran cómodos en el gabinete de espejos de lo político. Algunos discuten conmigo, la mayoría de las veces por desconocimiento. Tratan de llevarme la contraria con argumentos irreflexivos. Quieren demostrar que poseen su propio criterio, que tienen cabeza y saben utilizarla. Una enfermedad ampliamente extendida. Traemos una botella de *raki* casero y la compartimos. Algunos (no muchos) pedimos un café corto. Nos lo sirven con dos azucarillos envueltos en papel fino. Antes había un azucarero sobre la mesa. Al final de nuestras mañanas llenas de palabras, el azucarero se quedaba vacío. El dueño del local nos acoge, porque una vez le salvamos la vida a su padre en un bote que hacía aguas en medio de un lago helado, uniendo nuestras fuerzas para frotar su cuerpo y hacer que entrara en calor. Los que ahora se echan más azúcar del necesario en su café son los mismos que evitaron que su padre se congelase (a otro le tuvieron que amputar las dos piernas). Ninguno de sus parientes se olvidará de nosotros, los que nos reunimos alrededor de esta modesta mesa para beber agua del grifo, un poco de aguardiente casero y un café; los que pasamos nuestra juventud en prisión o reclusos en campos para presos po-

líticos, los que cargamos durante décadas con la mancha de la vergüenza. No importa cuántas veces se lave el mantel de la familia, una mancha así no se quita. No me sorprende que el dueño maldiga a su padre, ese maldito cabeza loca que lo estropeó todo; de no haber sido por él, su vida sería más cómoda, habría alcanzado el éxito. La clave para que las personas más próximas se sientan orgullosas de ti es pasar desapercibido.

Da igual de qué hablemos o los rodeos que queramos dar, siempre volvemos al tema que nos reúne aquí una vez por semana. Hablamos con rabia y vamos elevando el tono más y más, hasta que el dueño nos pide moderación, porque los clientes de las mesas vecinas se están quejando.

—¿Por el tono de voz o por el contenido?—pregunto.

—¡Si el mundo está torcido no tenéis por qué enderezarlo en mi local!

Suena más como una súplica que como un desafío.

Observo a los lameculos de las otras mesas, que apartan su mirada rápidamente. Es fácil adivinar lo que piensan sobre nosotros: «Dejad en paz el pasado (es decir, aceptad la derrota), ha llovido mucho desde entonces (quieren decir sobre las tumbas), no es bueno hurgar en las viejas heridas (hay que preocuparse por las nuevas)». Incluso en nuestra propia mesa, que suma dos siglos de calabozo calculando por lo bajo, hay veces en las que cuesta alzar la voz para hablar del pasado.

—Tuvimos mala suerte—se lamenta uno—. Nuestra generación tuvo una suerte espantosa. Nacimos en el peor momento, no se nos dio oportunidad alguna.

—¿De verdad piensas que fue una mala época?—intervingo—. Luchamos por algo en lo que creíamos. Estábamos dispuestos a sacrificarnos por un ideal que valía más que nuestra propia vida. Esto fue un regalo del destino. No me habría gustado vivir en ninguna otra época.

—¿Estás completamente seguro de lo que dices?—pregunta Toma, uno de los pocos que contaría entre mis amigos.

—Preferiría una vida en un futuro lejano.

—¿Cuándo...?—replica Toma como si hubiésemos ensayado la conversación.

—¡Cuando ya no haya policía, ni prisiones, ni ministerios, ni un *raki* tan malo como éste!

—Ah, Kosyo, no cambiarás nunca.

—¿En serio? Me siento halagado.

Los demás niegan con la cabeza: «Típico de Konstantín, siempre tiene que llevar la contraria, es lo suyo, ponerlo todo en duda, burlarse hasta de lo más sagrado». Sé que mi actitud puede resultar irritante. Cierro la boca y dejo hablar a los demás. A mediodía comienzan a entrar clientes que vienen a comer. El dueño se acerca a nuestra mesa y educadamente nos invita a salir. Nos quedamos fuera, en la puerta. Tardamos un buen rato en dispersarnos. Un curandero que pasó un año escaso en el campo pretende endosarme unos sedantes.

—No sabes lo que tranquilizan, amigo mío.

Me da palmadas en el pecho.

—Ya te has sacrificado bastante, has hecho más que ningún otro—dice al despedirse.

—Cuánta razón tienes—respondo—. No hay nadie que se haya sacrificado más que yo, porque los que lo hicieron descansan en una tumba.

El ascensor se estropea con frecuencia. El edificio dispone de dos elevadores, pero el segundo no se utiliza desde hace tiempo, porque las lámparas del techo no funcionan. Los niños de los vecinos tienen miedo a los espacios reducidos y a la oscuridad desde que saben que pasé días, meses, semanas en un sitio no mucho mayor que este ascensor. «¿Cuánto tiempo estuviste en el agujero, tío Kosyo?».

«¿Cuántos años tienes?». «Cinco». «Tanto como lo que habrás vivido cuando tengas el doble de años que ahora». «¡No lo entiendo!».

Llaman a mi puerta:

—Tío, ¿nos acompañas abajo?

Les gustan los adornos de mi bastón y mi barba blanca. Una vez fuera se quedan jugando en el descampado, entre las hierbas y los escombros, hasta que ven mi figura familiar de vuelta de la compra o de dar un paseo. Cada vez regreso más fatigado, tengo que sobreponerme al cansancio para no quedarme en casa. Presiono el botón que hay entre los dos ascensores con el extremo de mi bastón. Antes se encendía una luz roja. Compruebo el buzón, la llave se atasca; está vacío, hoy no ha llegado correo.

Así va pasando el tiempo. En una vigilia permanente y forzada. Por la noche me quedo mirando fijamente la silueta del monte Vitosha. Aseguro con más clavos los recuerdos que hace tiempo cuelgan de las paredes. Después de haber dejado de fumar, después de tantos años de abstinencia, añoro subirme en el taxi de un fumador, recoger unas cuantas colillas, desmigalar en la palma de la mano los restos de tabaco, liarlos con ellos un cigarrillo, encenderlo, bajarme del coche y ascender a la cima jamás iluminada del insomnio. El Vitosha es demasiado fácil para los montañeros, pero demasiado duro para los que sueñan apoyándose en un bastón.

La vecina que vive al final del pasillo, una enfermera que ha llegado ya a esa edad en la que hasta el pintalabios más decente parece exagerado, se preocupa de mí; dice que llevo una vida demasiado solitaria. Cuando le pregunto por qué tendría que buscar una compañera, Dora recita la consabida lista de convencionalismos que culmina con una máxima inapelable: el hombre ha de compartir su vida con los demás. Yo le respondo que de momento comparto

mi comida con un perro vagabundo, que tiene que matarse subiendo catorce pisos, porque la mayoría de los vecinos del bloque lo echan a patadas del ascensor. El pobre animal se aferra a la vida a pesar de que no puede mover una de sus patas traseras. Duerme delante de la puerta de la enfermera y come delante de la mía; esto nos une a los tres. De vez en cuando lo observo a través de la mirilla. Es fuerte.

—Tienes que comprender—me decían antes los compañeros bajando la voz—que no somos tan fuertes como tú.

Sonaba como un reproche, como si mantener tu postura fuera un error, como si yo estuviera equivocado, porque no acepto soluciones de compromiso, porque no estoy dispuesto a ceder. Las pocas veces que discutíamos, pues incluso discutir conmigo podía levantar sospechas, solían tacharme de extremista e intolerante.

«Estar solos nos ofrece la oportunidad de conocer a una persona interesante». La cita, que me vino a los labios sin pensar, se la atribuí a Montaigne. Dora me corrigió días más tarde. «Es más fácil estar siempre solo que no estar solo jamás». Esto fue lo que dijo Montaigne. Tal vez esté más de acuerdo con La Bruyère, cuando hablaba de «la gran desdicha de no poder estar solo». Ella me responde que está segura de que deseo tratar con otras personas, aunque sólo sea con aquellas que ya no existen. Por mi parte, me atengo a lo dicho, y como no hemos logrado averiguar la procedencia de la cita, creo que nadie se ofenderá si la considero mía.

Dora tampoco puede dormir. Navega por Internet. Entre una partida de *bridge* y otra (*Hospital Bridge* es la web favorita del personal médico que tiene que cubrir el turno de noche) se dedica a construir el hospital ideal, un hospital modélico, uno que merezca tal nombre. Tiene en cuenta hasta el último detalle para hacer un pedido con todo lo que necesitaría: los pies para sujetar las botellas de suero que le faltan a diario, barras laterales para las ca-

mas, almohadas, cojines para apoyar la espalda, férulas articuladas. Nada es demasiado para dotar adecuadamente al «Hospital de las sanas intenciones», como ha decidido llamarlo. El compañero que está al otro extremo del pasillo le echa una mano de vez en cuando. Se pasa horas gestionando pedidos con todo tipo de artículos que no llega a encargar jamás. Es desesperante, me explica cuando salimos a hacer la compra juntos, comprobar que todo lo que se requiere está a tu alcance y constatar lo fácil que resulta conseguirlo. Un día echó un vistazo a mi bolsa de la compra y descubrió en ella unos tomates medio podridos. Desde entonces me acompaña al mercado. Se ha convertido en una cita obligada para ambos. No se fía de los vendedores y tampoco de mi capacidad para no dejarme engañar.

—Si he de ser sincero, creo que nadie me ha timado jamás.

Se ríe de mí como de un chiquillo ingenuo.

—Sí, sí, señor Sheitanov, lo que usted diga, pero los tomates estaban podridos.

No habla demasiado, pero siempre pone el dedo en la llaga.

—Tres clics—comenta mientras examina la verdura—, tres malditos clics bastarían para conseguir los sillones que necesitamos para las sesiones de diálisis, basculantes, con ajuste eléctrico, firmes. Sólo cuestan mil dólares, ¿eso no es nada...! ¡Debería darles vergüenza ofrecer estos tomates!

—No todo el mundo es tan exquisito como usted, señora mía—dice el dueño del puesto.

—Sí—le respondo—, seguramente no sea nada; pero es una nada inalcanzable.

Podríamos despedirnos en el pasillo; pero ¿cómo voy a darle la espalda a una persona tan triste? Desde que me he enterado de cuáles son las galletas que le gustan, tengo siempre unos cuantos paquetes almacenados en la alacena,

junto a una botella de whisky, aún intacta, que me regaló hace años un amigo que había emigrado y pasó a hacerme una visita a su vuelta.

A pesar de todos mis achaques, todavía tengo fuerzas. La edad es un enemigo tan implacable como la Seguridad del Estado. Hace años que lucho en dos frentes. El internista está asombrado de lo lentamente que me voy muriendo. Proclama con la soberbia de un hereje que soy la prueba viviente de que el espíritu es más fuerte que la materia. Yo le respondo que no debe poner el listón tan alto; la explicación es mucho más banal y no tiene nada que ver con el espíritu: todavía tengo una cuenta pendiente con la traición. Hasta que no la salde, seguiré tomando religiosamente la docena de píldoras que me mantienen con vida. Algún día llegará mi oportunidad.

Soy un anciano, pero todos los días me pongo en pie y a primera hora de la mañana me planto delante de aquella pesada puerta.